



El taller de expresión plástica

Experiencia en un espacio de encuentro, de intercambio y de creación

Lucila Pouso | Maestra.

Área del Conocimiento ARTÍSTICO

El rol del maestro director está vinculado, en general, a todas aquellas acciones que suceden en una institución educativa, ya sean didáctico-pedagógicas, administrativo-organizativas o relacionadas a todo lo socio-comunitario. Esto implica planificar, organizar, dirigir, ejecutar, supervisar y evaluar la labor educativa. Además de coordinar funciones, estimular el trabajo en equipo y armonizar las distintas opiniones que se encuentran en una institución, el maestro director debe ser parte activa de ese equipo, codo a codo, con la suficiente cercanía para saber y conocer lo que sus alumnos necesitan; repensar el rol y priorizar cada día lo importante y urgente.

Es así que he transitado por algunas experiencias que me han enriquecido personal y profesionalmente. En esta búsqueda de encuentros con todo lo que sucede dentro y fuera del aula, me enfoqué en “hacer espacio” a otras propuestas donde me acerqué a ese mano a mano con los niños y niñas que habitan la institución. Para ello me replanteé mi espacio, el de ellos, la tarea, el cómo, el cuándo, el para qué y con qué generar una propuesta más personalizada, vivenciada desde el encuentro. Esto me llevó a la realización de un taller de expresión plástica, al que concurrían los niños y niñas en forma semanal.

La modalidad fue variada, en pequeños grupos de cuatro a seis integrantes o en forma individual según el caso. El encuentro podía ser en la dirección, en un salón de clase, en el hall, en el comedor o en el patio de recreo, y así se compartieron distintas instancias de creación y de expresión. En ese “hacer” pudimos dibujar, pintar en la mesa, en el piso o en un soporte vertical, crear títeres de mano y varilla recreando historias y diálogos que surgían espontáneamente, jugar con la luz y la sombra, mezclar colores, realizar juegos de mesa y jugar con ellos (dominó, tatetí, tableros con recorridos y soportes para embocar calculando puntajes), incrustar elementos naturales del entorno en *enduido*, fotografiar los rostros e intervenirlos; explorar variados materiales y diversas técnicas, mientras conversábamos de lo que nos pasa, de lo que sentimos o de lo que asociamos en ese momento. Esa instancia de escucha y de decir, de pensar, proyectar y hacer, ese momento con muchos, con poquitos o a solas, se volvió cada vez más interesante. Un espacio para uno mismo, para descubrir que lo que se produce, se hace en el tiempo que lleve hacerlo, dedicándole un pienso aquí y ahora, pero se deja y se retoma la semana siguiente con nuevas ideas.



El deseo de los niños de que “los vaya a buscar”, aclarando “yo no fui, ¿me llevas hoy?” demuestra que generar un espacio de encuentro, de hacer entre poquitos, es necesario para todos. En mi rol, la experiencia fue sumamente enriquecedora, ya que aportó insumos para conocer más a los niños y niñas, para intercambiar con las maestras otras miradas sobre diferentes maneras de aprender y de estar en la institución, y para conversar con las familias sobre el aprendizaje desde un lugar más abarcador.

El trabajo estuvo orientado a que las “claves de actuación” no solo consistieran en “delegar”, sino en participar y accionar efectivamente en ellas. Elegimos vivenciar espacios más personalizados, más silenciosos, de mayor concentración, transitando por otras zonas expresivas, con otro tiempo y espacio, con otras oportunidades de conexión con sus pares y consigo mismos. Hablamos también de despertar las emociones y de aprender a hacer... siendo. Un espacio que invite a mirar y remirar, donde las cosas cambien y se resignifiquen.

Como modalidad de trabajo, el taller ofrece un espacio donde también nos enriquecemos con los procesos de los otros, compartiendo un clima de respeto y receptividad en ese encuentro de creación.

Una de las secuencias que disfrutamos: **creación de títeres**.

Primer encuentro

La propuesta consistió en crear títeres reutilizando materiales cotidianos, lo cual entusiasmó mucho a los pequeños. Nos pusimos pues a trabajar en ello, los pensamos, los imaginamos y los dibujamos. ¡Había que tomar muchas decisiones! Quedaba así pronto un primer bosquejo de nuestro futuro títere.

Segundo encuentro

Comenzamos a darle cuerpo al títere. Utilizamos rollos de cartón y una pelotita de papel de diario. Sobre el extremo del rollo ajustamos la pelotita con cinta a modo de base para la cabeza (esto lo hace más liviano para manipularlo). Luego preparamos la masa utilizando harina, aserrín y agua. Aquí pusimos en juego todos los sentidos, ya que los aromas y las texturas invitaban a explorar. Esto generó muchas sensaciones que cada uno, a su manera, manifestó en su grupo... Unimos los ingredientes y gracias al calor de nuestras manos obtuvimos una masa perfumada, fácil de manejar. Cubrimos la pelotita de diario con masa y comenzamos a trabajar en la cabeza. Jugamos con la masa... la estiramos, la cortamos, le dimos forma... Modelamos ojos, narices, bocas y orejas. Algunos niños se animaron a más detalles como cejas y pestañas. ¡Uhhh!, nuestro títere ya tiene mirada. Dejamos secar.



Tercer encuentro

Dimos paso al color. Pintamos su piel y cada parte de su cara con témperas. También le colocamos pelo, utilizando algodón, lanas o gasas. ¡Ya había que buscarle nombre!

Cuarto encuentro

Era el momento de vestirlo, de los detalles... entre telas, tules y también algunos botones, los niños fueron creando la ropa de su títere. Nos animamos a ponerles sombreros, vinchas y hasta lentes de alambre. Esto fue pura inventiva y diversión. Ya casi estaban prontos.

Quinto encuentro

Ahora sí, ¡que comience la función! Jugar a ser... cambiar la voz, animarse a decir, hablar a través del títere, y escondidos detrás de una tela conversar con el público. Surgieron así muchísimos diálogos; historias que se disfrutaron, y transformaron el espacio y el momento.

Luego el títere se fue al hogar de cada niño para seguir compartiendo nuevas historias en familia...

Esta experiencia la disfruté en un jardín de infantes de La Paloma (Cerro) y en un jardín de infantes de Capurro. De esta actividad, que se desarrolló en ambos lugares, me llevo el compromiso de todo el personal docente para repensar los espacios que habitamos a diario, las actividades que priorizamos y el lugar que les damos a las infancias que hoy nos abrazan y nos piden estar más "cerquita", donde "hagamos espacio" para que siempre tenga lugar lo verdaderamente importante. 